

LA IDENTIDAD DE LOS LATINOS EN ESTADOS UNIDOS

AXEL RAMÍREZ

En el verano de 1987, el repentino y sorprendente éxito de *La Bamba*, un filme que trata sobre la vida de Ritchie Valens —que en realidad se apellidaba Valenzuela— generó una reacción muy optimista entre de los medios de comunicación en relación con el papel que desempeñan los *latinos* en el escenario nacional estadounidense, aunque las ironías que contiene la película pasaron casi inadvertidas.¹

El papel de Valens no lo interpretó un chicano sino por un joven actor llamado Lou Diamond Phillips, nacido en las Filipinas y criado en Texas; posteriormente, en 1988, Phillips representó de nuevo a un chicano en *Stand and Deliver* (*Con ganas de triunfar*), una película que trata sobre la vida de Jaime Escalante, el bonachón boliviano profesor de matemáticas que llevó a cabo una significativa labor en una escuela secundaria del Este de Los Ángeles. Escalante fue interpretado por el actor chicano Edward James Olmos, quién se crió en el Este de Los Ángeles. El libreto fue coescrito y el filme dirigido por Ramón Menéndez, un cubano graduado en la Escuela de Cinematografía de la Universidad de Los Ángeles.

Los argumentos de ambos filmes nos sugieren lo problemático que pueden resultar los términos: *hispano*, *chicano* y *latino*. Las dos películas que llamaron tanto la atención positiva hacia los *hispano/latinos*, en realidad se referían a los chicanos de Estados Unidos, paralelamente fueron

¹ Peter Skerry, "Los hispanos: realidad o invención", *El nuevo Herald* (Miami), 4-x-92.

proyectos en los que participaron latinos de ascendencias diversas, lo que sugirió la imagen de una naciente cultura multiétnica. Sin embargo, ambas películas generan los siguientes cuestionamientos: ¿tendrá alguna sustancia el término *latino* o es simple y llanamente la creación de magnates de los medios de información y empresarios políticos? La respuesta podría ser que constituye un término artificial pero que puede llegar a definir situaciones reales.

La idea de lo latino se manejó desde un principio como un refuerzo a lo *hispano*, aprovechando el éxodo de trabajadores provenientes de los diversos países de América Latina que llegaban a trabajar a Estados Unidos. Pero, a imagen y semejanza de los hispanos, los latinos constituyeron un grupo integrado alrededor de una burguesía latinoamericana que radicada en el país, y les resultó atractivo vender la idea de una *latinoamericanidad* o "América Latina en Estados Unidos".

Sin embargo, si existe algún país en el mundo que necesita redefinir sus etiquetas es, indiscutiblemente, Estados Unidos, ya que durante muchos años se ha venido tejiendo una asombrosa red de términos lingüísticos que, en lugar de aclararnos el panorama, nos conducen a una confusión enorme. Así, términos como *pocho*, *mexican-american*, *pachuco*, *surumuato*, *chicano*, *cholo*, *hispano*, *latino*, *chicanadian*, *native born chicano*, *foreign born chicano*, *reverse chicano*, *chicalango* etc., son sólo una parte de ese amplio espectro de subculturas novedosas.

Antropológicamente hablando, la autodesignación de cualquier grupo étnico o político reviste una importancia singular ya que: "la ceremonia de nombramiento o de auto-definición, es uno de los actos más importantes que comunidad alguna puede realizar. Particularizar al grupo con un nombre es un paso fundamental en la evolución de la conciencia [...]. El nombramiento conjuga la historia y los valores del grupo,

proporciona una identificación necesaria".² O, por otro lado, puede implicar la estrategia de un Estado-nación, para separar y mantener alejados a ciertos grupos del entorno nacional, aceptándolos, paradójicamente, para rechazarlos. En la proyección del Censo del 2000 en Estados Unidos —dada a conocer en el mes de mayo del 2001— 281.4 millones de estadounidenses fueron censados —excluyendo a Puerto Rico, Islas Vírgenes, Guam, Samoa y las Islas Marianas— de los cuales 35.3 millones (12.5%) fueron tipificados como *hispanos*. Los mexicanos representaron 7.3%, puertorriqueños 1.2%, cubanos 0.4% y otros hispanos 3.6% del total de la población.³ Sin embargo, se tuvo el cuidado de especificar que "los términos *hispano* y *latino* pueden ser utilizados intercambiabilmente para reflejar la nueva terminología de los estándares de la Office of Management and Budget de 1977, que serán implementados el 1^o de enero del 2003".⁴

De acuerdo con Patricia Casasa, las dificultades para clasificar a los grupos minoritarios en los resultados de los censos anteriores obligaron a las autoridades a cambiar las estrategias de las encuestas y, por ello, en esta ocasión incluyeron preguntas que obligaron a la población a definir sus propios orígenes. Sin embargo, la estrategia fue criticada y cuestionada por los grupos que luchan por los derechos civiles, ante el temor de perder o disminuir su influencia política, o temiendo que esa clase de información causara confusión al impulsar leyes de protección igualitaria, temor que se confirmó rápidamente debido a que cerca de 2.4%, o sea 6.8 millones, de los 281.4 del total de la población estadounidense, marcaron más de una opción en lo referente a combinaciones como

² Cf. Rudolf A. Anaya, *Aztlán. Essays on the Chicano Homeland*, University of New Mexico Press, 1991, citado por Arturo Santamaría, *La política entre México y Aztlán; relaciones chicanos mexicanas del 68 a Chiapas 94*, México, UAS, 1994, pp. 15-16.

³ US Census Bureau, Issued May 2001.

⁴ *Ibid.*

blanco y negro o asiático y blanco. Muchos de los que se auto conciben como pertenecientes a “más de una raza” son producto de los matrimonios interraciales, sin embargo la “latinidad” es considerada como perteneciente a una etnia, no a una raza, y la etnicidad puede incluir cualquier raza.

En 1940 Estados Unidos definió a los *latinos*, en el 2000, los *latinos* están definiendo a Estados Unidos; por lo tanto, *latino* es una definición nueva y ambigua, una categoría cultural que no contiene una significación racial precisa ya que los *latinos* pueden ser blancos, negros, indígenas y, posiblemente, una combinación de todos.⁵ Proviene de países tan variados de América Latina y el Caribe como México, Colombia, República Dominicana etc., pero en realidad “ellos no vinieron a Estados Unidos, Estados Unidos vino a ellos”; son los nuevos estadounidenses de los cuales dos tercios son inmigrantes o hijos de inmigrantes.⁶

Como muchos otros inmigrantes en Estados Unidos, tienen diferentes historias, diversas sensibilidades culturales y muy disímolos predicamentos sociales; los vectores: raza, color, género, estatus socioeconómico, lenguaje, estatus migratorio y modo de incorporación a Estados Unidos permean sus experiencias.⁷ Lo más importante de todo es que están a punto de tomar la delantera y ser colonizadores —en número sin precedente— en el vecino país del norte, estipulándose que para el 1º de julio del año 2059 la población blanca anglosajona será solamente de 49.9%.

Sin embargo, dada la heterogeneidad, la ambigüedad y las fisuras internas, ¿qué argumentos pueden esgrimirse para

⁵ Cf. Marcelo M. Suárez-Orozco y Mariela M. Páez, “The Research Agenda”, en *Latinos; Remarking America*, Berkeley, University of California Press / David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University, 2002, pp. 1-37.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

construir una identidad pan étnica latina?, ¿los *latinos* en Estados Unidos estarán equilibrados, maduros para lograr el sueño bolivariano de la unidad que por siglos se les ha escapado a sus hermanos y hermanas en América Latina?, ¿deberá cada sub-grupo *latino* seguir su propio camino, esto es, cubanos en una dirección, mexicanos en otra, dominicanos en otra más etc.?, ¿no será más sabio, empíricamente aceptable y más prometedor conservar la mirada fija en grupos individuales como: cubanoamericanos, dominicoamericanos? y así, ¿sí o no?⁸

El amplio análisis que llevaron a cabo Marcelo M. Suárez-Orozco y Mariela M. Páez resulta sumamente sugestivo en este aspecto, por lo que convendría seguirlo muy de cerca. Ellos señalan que el nivel pan étnico está basado en la política, en consideraciones teóricas y en temas sociohistóricos; como los latinos son jugadores en espacios sociales, las categorías *raza* y *etnia* tienen altas implicaciones políticas y económicas; constituyen herramientas críticas en el quehacer del aparato de Estado, ya que el gobierno de Estados Unidos utiliza estas dos categorías con varios propósitos: realizar censos, fijar impuestos, proratear representaciones políticas. Asimismo, los conceptos de *raza* y *etnia* son creados por la política del Estado y vertidos en instancias como Derechos Civiles, Affirmative Action, Equal Opportunity, necesidades estratégicas y emocionales,⁹ y para nadie escapa el hecho de que las grandes oleadas migratorias provenientes de América Latina son responsables de la actual latinoamericanización de Estados Unidos.

La Guerra Fría fue significativamente distintiva en la relación de Estados Unidos hacia América Latina y se basó en la primacía sobre la región que se había debilitado en ciertos momentos. En su conducta posterior, y como clave de algunos aspectos de su política hacia América Latina, el gobierno de Estados Unidos muy frecuentemente se comportó como si estuviera bajo el

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

hechizo de “demonios ideológicos”,¹⁰ que lo llevaron a intensificar sus intervenciones militares en el Caribe, Centro y Sud América. Desde la década de los cincuenta hasta el desmantelamiento del Muro de Berlín en 1989, las tensiones producidas por la Guerra Fría en el contexto latinoamericano tomaron la forma de movimientos insurgentes y contrainsurgentes que se extendieron desde la frontera sur hasta la Patagonia.

La implicación de Estados Unidos en estos conflictos se fue intensificando e incrementó el rango de nuevos refugiados y migrantes; una década después de la intervención estadounidense un millón de asilados buscaron refugio y comenzó la emigración hacia esa área del mundo, situación solamente comparable con los primeros efectos de la intervención en Vietnam;¹¹ asimismo, la intervención de Estados Unidos en República Dominicana, en la década de los sesenta, provocó la migración hacia ese país. Durante los ochenta, se llevaron a cabo 100 mil asesinatos políticos en Guatemala y 75 mil en El Salvador; una década después de la intervención de Estados Unidos un millón de asilados buscaron refugio, de tal manera que actualmente: guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses, así como de otros países de América Latina, dicen a los estadounidenses: “¡estamos aquí, porque ustedes estuvieron allí!”.¹²

Posteriormente, las intervenciones militares de Estados Unidos ya no estuvieron permeadas por el temor al comunismo y la competencia con la Unión Soviética, sino que emergieron nuevos problemas de seguridad nacional: drogas, inmigración indocumentada y, después del 11 de septiembre, el terrorismo y la reestructuración económica. El esfuerzo antinarcótico militarizado provocó en Colombia un desplazamiento de casi

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

dos millones de ciudadanos, más que los que desplazó la guerra en Kosovo; es lógico predecir que el número de la migración colombiana crecerá exponencialmente, por lo que la política de Estados Unidos tendrá que confrontar esa problemática dentro de su propio país.

Los latinos del Caribe, fundamentalmente puertorriqueños y dominicanos, están comprometidos con un profundo transnacionalismo, o sea, estrategias económicas, políticas y culturales, llevadas a cabo por personas en la diáspora a través de espacios nacionales, lo que les permite llevar una doble vida que conlleva doble conciencia y doble lealtad étnica viviendo entre la Isla y tierra firme. Rosario Ferré, en una de sus mejores novelas, señala que no cree que exista país latinoamericano donde la definición de la nacionalidad constituya un problema tan agudo como lo es hoy todavía en Puerto Rico.

La nación se debate en un constante autoexamen que recuerda la obsesión de los novelistas españoles del noventa y ocho con el *qué somos* y el *cómo somos*. ¿Somos latinoamericanos o norteamericanos? ¿Seremos Estado de la unión, estado libre asociado o país independiente? ¿Base nuclear y militar, o puente conciliador entre dos culturas? ¿Cordero pascual del escudo de los Reyes católicos o chivito estofado de san Juan Bautista? ¿Piragua de papel en aguas de piringa o peñón de Gibraltar perdido en el Caribe? ¿Gallito kikirikí guapetón o veleta vertiginosa, que cuando apunta hacia el sur nos dirige hacia el norte y cuando apunta hacia el norte nos dirige hacia el sur? ¿Paraíso del perito político o del perito lingüístico? ¿País *esquisinifrenico* con complejo de Hamlet?, nuestra personalidad más profunda es el cambio, la capacidad para la transformación, para el valeroso transitar entre dos extremos o polos.¹³

¹³ Rosario Ferré, *Maldito amor*, Río Piedras, Huracán, 1988, p. 13.

Los dominicanos por su lado, han desarrollado adaptaciones políticas, económicas y culturales que implican un alto grado de transnacionalismo: envían grandes sumas de dinero a su país, se encuentran enganchados en los procesos políticos de allá, regresan periódicamente con sus hijos para que se nutran de los lazos sociales y culturales de la isla etc.; los puertorriqueños tienen otra dinámica transnacional: envían menos dinero a la isla, permanecen social, cultural y políticamente ligados a la isla.¹⁴ Los mexicanos, en cambio, han desarrollado una conducta prototransnacional.

Los cubanos, dejaron una sociedad en transición para entrar a otra que busca sus propias definiciones e intentaron definir su identidad y su cultura en ella. ¿Qué significa ser cubano en un país que no es Cuba? ¿Puede un exilado cultural cubano progresar en una sociedad que proclama el pluralismo étnico y recompensa la conformidad anglosajona? Para ellos es muy importante mantener el sentido de *cubanidad*, ¡es crucial!, pero de ninguna manera para el momento de la repatriación sino, para mantener los lazos culturales que les permitan sobrevivir en una comunidad distinta como es Estados Unidos, y si los cubanos de la isla han estado redefiniendo su identidad en el contexto de la revolución política y cultural, los emigrados también tienen que redefinirse. De hecho existe una gran resistencia a ser llamados *inmigrantes* porque ello implica una elección, prefieren ser llamados *exilados* porque éste término aísla y distingue: es una situación política fuerte; la Cuba de ayer *versus* la Cuba que puede ser.

Los *latinos* comparten un lenguaje común: el español, aunque no todos lo hablan. Ilan Stavans nos dice:

To be o ser, ésa es la verdadera cuestión: el español y el inglés, una lengua natal y otra adoptada, un pie aquí y otro al otro

¹⁴ Suárez-Orozco y Páez, "The Research Agenda".

lado de la frontera y en el Caribe, un hogar en la patria y en el extranjero. Un gallo en los Estados Unidos canta: *cock-a-doodle-do*; otro en Guatemala dice: *qui-qui-ri-qui*; un tercer gallo latinoestadounidense, *cockadudledea* y *quiquiriquea* simultáneamente. Español o inglés: ¿cuál es la verdadera lengua materna del latino? Ambas lo son, además de una tercera opción: el *spanGLISH* o *inglañol*, un híbrido.¹⁵

Pero, la importancia que guarda el español para Estados Unidos es por demás notoria; el 13 de septiembre del 2002, la CBS transmitió para una audiencia de 74 millones, comerciales en español con subtítulos en inglés, durante el Latin Grammy Award, aunque en mayo del año anterior, George Bush intentó, sin mucho éxito, hablar en español por radio, lo que también nos conduce a pensar en una división étnica y lingüística con 20 millones de hispanohablantes. Como dato curioso, la palabra *inglés* no figura en la Constitución de Estados Unidos, ni en ninguna enmienda posterior, por lo que podríamos cuestionarnos; ¿quién dijo que el inglés es el idioma oficial? El país nació de una idea, de un lugar o *locus*¹⁶ y posteriormente adoptó un idioma, por ello el monolingüismo es la base de su identidad, misma que se ve fuertemente amenazada por la presencia de otro u otros idiomas, entre ellos el *spanGLISH*, o el caló chicano, también conocido como “hablar del modo loco”.

Los *latinos* están divididos por raza, color, clase, género, origen nacional, lengua (¿dialecto, entonaciones?) etc., todo ello en el contexto de un emergente sistema de emigración interamericana que puede ser caracterizado 1) por el flujo ininterrumpido de la migración mexicana, 2) por oleadas de migrantes

¹⁵ Ilan Stavans, *La condición hispánica: reflexiones sobre la cultura e identidad en los Estados Unidos*, México, FCE, 1999 (col. *Tierra Firme*), pp. 159-160.

¹⁶ *Ibid.*, p. 162.

más limitadas en el tiempo y 3) por un patrón caribeño de intensa migración circular.¹⁷

Respecto a los latinos, la identidad representa un problema bastante añejo y no circunscrito exclusivamente a ellos. En el año 429 a.C., Sófocles estrenó su obra *Oedipus Tyrannos* en donde aborda el resbaladizo y nebuloso problema de la identidad; "Yo mi linaje lo tengo que descubrir, por más villano que él sea" nos dice Edipo, conduciéndonos a la idea de que una suerte de identidad colectiva y por supuesto, una identidad individual, son el trasfondo ineludible del "¿sabré quién soy?". En *Oedipus Tyrannos* cada yo es un yo social porque existe una categoría y un rol, aunque no sea el que le corresponde a Edipo. De hecho, nuestro personaje pasa por toda una serie de roles sociales e identidades colectivas impregnadas, casi todas ellas, por el significado mítico y simbólico de la identidad; representa a una persona normal colocada en circunstancias extrañas y apartada por un destino extraordinario; los papeles que desempeñaba antes del descubrimiento de sus orígenes representan otras tantas identidades y "ubicaciones" colectivas. Para los chicanos, como en el caso de Edipo, podríamos hablar de la identidad como una *performance* y aunque aparentemente la identidad de los latinos tiende a ser regional eso es algo sumamente engañoso. Por *performance* entenderemos no una simple y llana actuación, sino "la manera en la cual algo o alguna cosa funciona". Las naciones no pueden darse el lujo de desarrollar su identidad a partir de una introspección, ya que también intervienen factores externos, esto es, las naciones se desarrollan en el contexto de otras naciones.¹⁸

Mexicanos, cubanos, puertorriqueños, chicanos, centro y sudamericanos, latinos, hispanos etc., poseen una identidad

¹⁷ Suárez-Orozco y Páez, "The Research Agenda".

¹⁸ *Ibid.*

que es una *performance*, esto es que pueden "actuar" una identidad o varias y de hecho lo llevan a la práctica cuando extraen la esencia de la herencia española, indígena, afroamericana, caribeña, lo mestizo, lo latinoamericano, el género y la clase porque, a fin de cuentas, la identidad consiste en identificarse "como" y "con", aunque dichas identidades pueden ser colectivas, situacionales, individuales, regionales, espaciales, territoriales etcétera.

El problema de las regiones es que se fragmentan en localidades y éstas, a su vez, en poblaciones independientes, por lo que el regionalismo es incapaz de mantener la movilización de sus habitantes. De hecho resulta sumamente sencillo deslizarse de un tipo de identidad a otro! Y el lenguaje es precisamente uno de los bloques cruciales para comprender la identidad latina, partiendo del hecho de que fueron los grupos de origen latinoamericano los que propusieron dicho término.

En el intento de construir una identidad latina dentro de Estados Unidos, jugaron un papel definitivo dos factores: uno, las visiones políticas panamericanistas de Bolívar y Martí y dos, las políticas raciales segregacionistas en Estados Unidos implementadas desde la década de los cincuenta. Se pensaba unificar por sobre las diferencias, aunque también se utilizaban estas últimas como arma política.

Las etiquetas "chicano", "hispano" y "latino" se crearon para buscar espacios y legitimizar presencia, pero también para *negociar una identidad!*; para Chon Noriega, "lo latino no es tanto una posición identitaria como un hilo para el movimiento social que busca cambiar los trazos del mapa de América (*to re-map America*)",¹⁹ aunque la movilización de otros grupos

¹⁹ Chon A. Noriega, "Introduction", Chon A. Noriega y Ana María López, eds., *The Ethnic Eye: Latino Media Arts*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1996, pp. ix-xxii.

latinoamericanos y las políticas de coalición han contribuido enormemente a que el término *chicano* haya sido minimizado por considerarlo segregacionista; quizá sea importante retomar el caso concreto de América Latina en donde se trata de identificar una identidad propia para Latinoamérica, pero desde una conciencia de la marginalidad.

En Estados Unidos, la emergencia de grupos nuevos como "*nuyoricans, chicanadians, mexipinos* (donde lo simbólico que los une son los burritos y el *bagoong*)" etc., nos conduce a plantearnos si nos encontramos frente a identidades biraciales y biculturales, o si estamos ante un futuro multirracial. Pensamos que todo dependerá de la subversión de las construcciones históricas de la identidad racial y cultural, así como de una reinterpretación de lo que significa ser biracial y bicultural.

Intencionalmente nos hemos permitido dejar de lado a los chicanos, que aunque encarnan estrategias duales, constituyen una unidad reflejada en el propio término. Es un término único, distinguible de los demás al crear al otro; subraya una supuesta diferencia total; un ideal posible sólo en un espacio ideal. Por *chicano* se debe entender, de acuerdo con Tino Villanueva, una postura de autodefinición y desafío, impregnada del empuje regenerativo de autovoluntad y de autodeterminación, de una conciencia de crítica social, de orgullo étnico-cultural, de concientización de clase y de política. Aunque de manera mucho más modesta, para quién esto escribe, un chicano es un estadounidense de ascendencia mexicana cuya ideología se sustenta en una herencia cultural opuesta a lo angloamericano. Por lo que un chicano no puede ser ni latino ni mucho menos hispano, es simplemente eso: ¡un *chicano*!, que profesa la filosofía política del *chicanismo* definida como "la filosofía del Movimiento Chicano sustentada en el nacionalismo, entendido éste como el punto aglutinador que trasciende todas las facciones de clase, políticas, económicas y religiosas, en favor de un común denominador que permita amalgamar a todos

los miembros de la comunidad",²⁰ por ello no puede ser incluido en ninguna otra denominación ya que inclusive, como asevera Elizondo, los estadounidenses no pueden ver a los chicanos sino como a un enemigo no asimilable y, por ende, peligroso e indeseable, lo que no suele suceder con los *latinos* e *hispanos*.

Aunque no deja de ser inquietante la reflexión de Amin Maalouf cuando intenta comprender por qué en la historia humana la afirmación de uno significa la negación del otro. Pero al mismo tiempo rechaza la aceptación resignada y fatalista de tal hecho. Su mensaje es que se puede ser fiel a los valores propios sin verse amenazado por los de los demás. Para él, la identidad no puede estar hecha de compartimentos, no se divide en mitades, ni en tercios o en zonas estancadas y no es que tenga varias identidades: tiene solamente una, producto de todos los elementos que la han configurado mediante una "dosificación" singular que nunca es la misma en dos personas. Por lo anterior podemos darnos cuenta del problema que conlleva la etiqueta *mexican-american* que destaca dos nacionalidades y enfatiza la disyunción y la dualidad; evoca la asimilación como un proceso tradicional estadounidense. Su ambigüedad ¡es una ventaja! que le impide caer en trampas culturales que han inventado, sobre todo los mexicanos, para distanciar y enajenar. Reclamo que hace suyo Juan Bruce-Novoa cuando señala coherentemente: "Tienen que aceptar que somos otra cosa: relacionados, pero otra cosa. Si va haber unión será el mismo tipo de unión que se pueda lograr entre México y Guatemala, México y Nicaragua o nosotros y Nicaragua. *Pero no somos México. No, no y no*".

Cuando se presiona a los latinos a afirmar su "identidad", como se estila tanto en Estados Unidos, lo que se está solicitando es que rescaten del fondo de sí mismos esa supuesta

²⁰ Axel Ramírez, "Chicanismo", en *Diccionario de filosofía latinoamericana*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2000, p. 95.

pertenencia fundamental que usualmente es la pertenencia a una religión, una nación, una raza o una etnia, y que la enarbolan con orgullo frente a los demás, por lo que habría que revisar a fondo la controvertida idea de “culturas híbridas” tal y como la sustenta García Canclini.

De hecho, cuando a Maalouf se le cuestiona acerca de si se siente más libanés o más francés responde que ambos orígenes influyen en él por igual por igual. Y no da tal respuesta por diplomacia, ni porque quiera ser equilibrado o equitativo: “Lo que me hace ser yo mismo y no otro —dice Maalouf— es que estoy a caballo entre dos países, entre dos o tres lenguas, entre varias tradiciones culturales. Ésa es mi identidad”.²¹

²¹ Amin Maalouf, *Identidades asesinas*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 11-16.